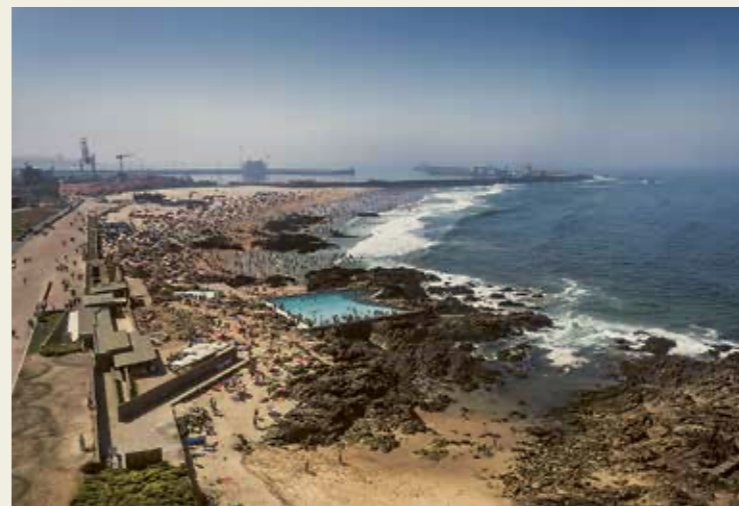


Continuidad del agua, continuidad de la arquitectura

1
Con motivo de una reciente publicación, que recoge los proyectos no construidos de Álvaro Siza,¹ Eduardo Souto de Moura eligió el Restaurante de la Piscina de Leça de Palmeira (Portugal) como aquel que, de entre todos los proyectos incluidos en el volumen, más le hubiera gustado ver realizado.



Piscina das Marés (1966). Álvaro Siza. Fotos: Joao Morgado

1. Michel Toussaint y Maria Melo, *Álvaro Siza. Obra incompleta / Incomplete Work*, A+A Books, Lisboa, 2024.
2. Si me hubiera planteado esta misma cuestión hace unos años, probablemente habría elegido el proyecto de la Galería para dos 'picassos' en el Parque del Oeste, en Madrid (1992). Inesperadamente, este proyecto fue construido casi veinticinco años más tarde —aunque, por supuesto, sin el *Guernica* ni la *Mujer encinta*— en Corea del Sur (Parque Saya, Gyeongsangbuk-do, 2015–2018). Este proyecto comparte un punto de partida análogo al de las piscinas de Leça, en cuanto a su condición de límite y la relación entre naturaleza y arquitectura, y constituye un interesante caso de trasplante arquitectónico.

Me resultaría muy difícil, de entre los numerosos proyectos de Álvaro Siza que permanecen sin construir, elegir un único proyecto que desearía ver realizado por encima de cualquier otro. Tal vez me inclinaría por la cúpula semiesférica del barrio de la Malagueira, en Évora, tan importante para la definición de los espacios públicos del proyecto. O por el Atrio de la Alhambra, en Granada (España), que proponía una nueva puerta de acceso al conjunto andalusí. O por el edificio de oficinas para la fábrica DOM, en Colonia (Alemania), en un diálogo distante con el museo Guggenheim de Frank Lloyd Wright. O por la enigmática casa Bahía, en Gondomar (España)... Siza nos ha dejado no sólo una serie de obras maestras, sino también un considerable conjunto de proyectos no construidos que, en algunos casos, han reaparecido en su propia obra y, sin duda, han alimentado la imaginación de muchos arquitectos.²

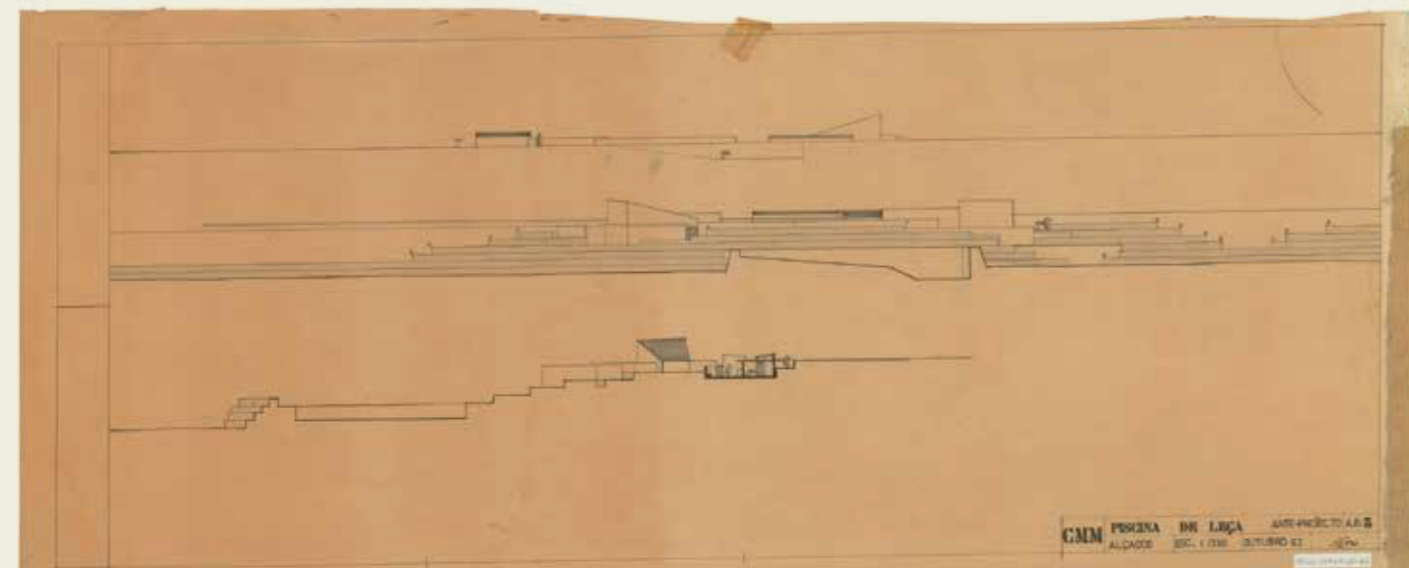
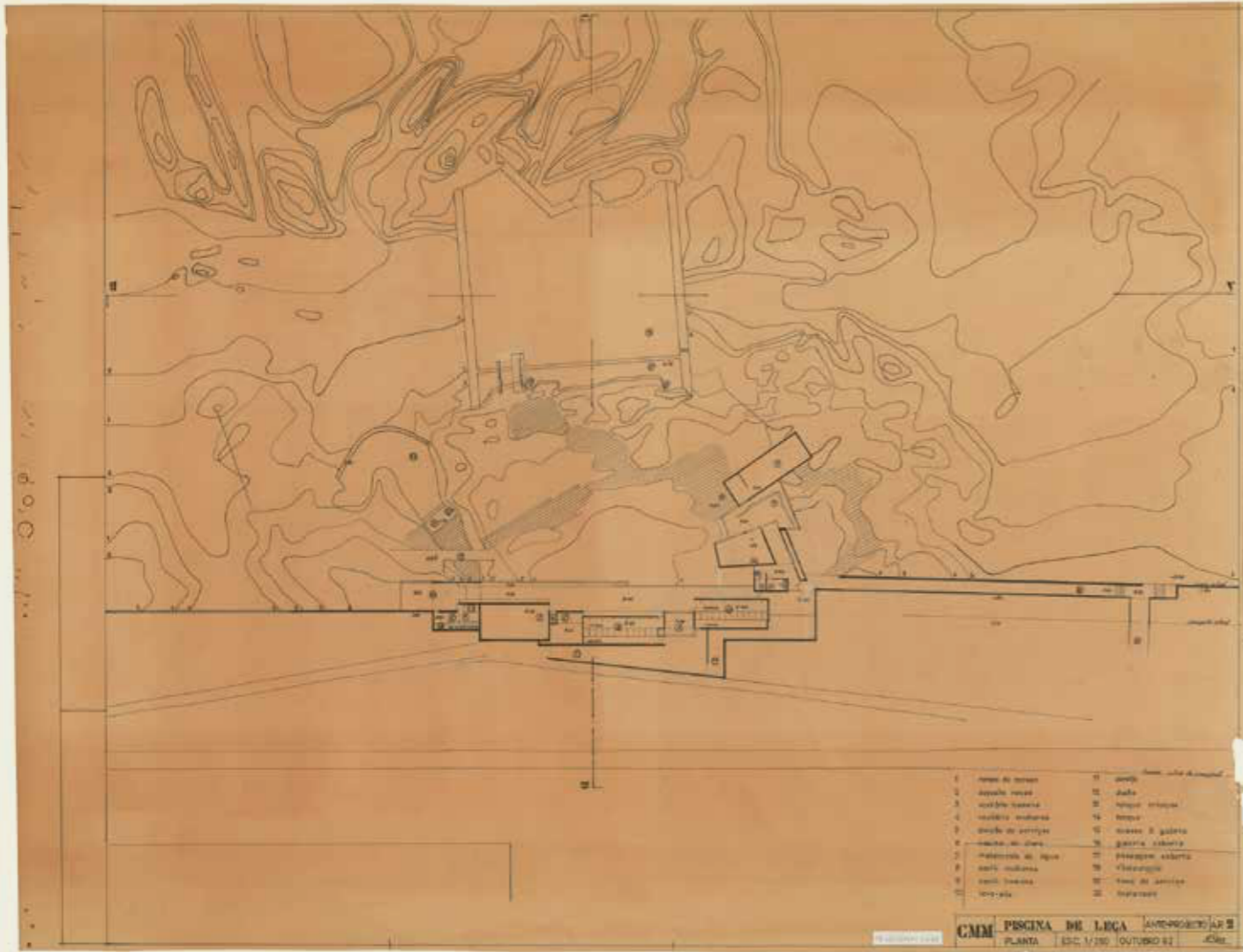
Souto de Moura justifica su elección declarando que la Piscina de Leça es su obra preferida de Siza. Si ya me parecía difícil elegir un proyecto no construido, me resultaría todavía más difícil individuar una sola obra de entre la excepcional producción de Siza a lo largo del tiempo. Sospecho que la decisión de Souto de Moura está, en buena parte, motivada por el deseo de ver completado un proyecto que tanto ha estudiado y admirado desde el inicio de su formación como arquitecto. Pero, ¿es que acaso no ha estado siempre completo?

2

El proyecto de las piscinas de Leça es un proyecto hecho de fragmentos, que van respondiendo a nuevos y cambiantes requerimientos, pero que, a mi entender, consigue mantener en todo momento un carácter unitario. La estrategia desplegada por Siza en Leça ha permitido que un proyecto realizado por fases, y desarrollado a lo largo de un tiempo muy dilatado, haya sido capaz de crecer e incorporar nuevos elementos sin que se haya sentido previamente su ausencia.

Siza se incorpora al proyecto de las piscinas de la mano del ingeniero Bernardo Ferrão, hermano de Fernando Távora. El ayuntamiento de Matosinhos le había encargado una piscina de mareas entre las rocas de la playa de Leça y, entendiéndolo que se trataba de una intervención en un paisaje de gran fuerza visual, pero al mismo tiempo profundamente frágil, se solicitó la incorporación de un arquitecto al equipo y —probablemente después de consultarlo con su hermano— se propuso a un joven Álvaro Siza. En un inicio Ferrão había proyectado una piscina rectangular convencional, delimitada por cuatro muros. El joven Siza observó que el agua del mar se acumulaba ya en algunas zonas de manera natural y propuso construir sólo unos pocos muros para completar lo que la naturaleza ofrecía ya en aquel lugar y delimitar las zonas de baño. Unos muros fuertes y capaces de resistir la embestida del Océano Atlántico, pero delicados como los trazos de una caligrafía. Comenzó así un diálogo entre lo natural y lo artificial, entre el paisaje y la arquitectura, con unos primeros trazos que se irán prolongando a lo largo de los años. Se trata de una intervención mínima, pero profundamente transformadora, que algunos críticos han querido asociar con el Land Art, que justo estaba emergiendo en los círculos artísticos de Nueva York mientras Siza construía un puñado de muros de concreto entre las rocas de la playa de Leça. Si bien se pueden encontrar algunas analogías formales entre la obra de Siza y algunas obras de Land Art, la intervención del portugués tiene una profundidad arquitectónica y resuelve el problema planteado. Solo que lo hace de una manera inesperada. Saber ver lo que un lugar ofrece,

64



Arriba: Planta de Piscina das Marés, Leça da Palmeira, Matosinhos, Portugal (1962). Álvaro Siza fonds. Canadian Centre for Architecture. Gift of Álvaro Siza. © Álvaro Siza. Abajo: Elevación de Piscina das Marés, Leça da Palmeira, Matosinhos, Portugal (1962). Álvaro Siza fonds. Canadian Centre for Architecture. Gift of Álvaro Siza. © Álvaro Siza

y no hacer nada más ni nada menos de lo estrictamente necesario, ha caracterizado el trabajo de Siza a lo largo de toda su dilatada trayectoria.

Al programa inicial, que consistía solo en la construcción de las piscinas, le siguió una serie de programas anexos, que ahora parecen evidentes e inevitables: una sala de máquinas para el filtrado del agua de mar, aseos, vestuarios, bar y restaurante. Desde el primer momento, Siza se planteó cómo conseguir la máxima continuidad por medio de todos estos elementos y cómo alterar lo menos posible la visión de las rocas y el mar desde la carretera de la costa. La propuesta de Siza consistía en una serie de largos muros paralelos de concreto situados a la línea de costa, que reciben todos los programas anexos, y un preciso trabajo en sección que permite que la cota de las cubiertas de los vestuarios no supere la altura de los muretes que definen el límite entre la carretera y la playa, situada a una cota inferior.

Desde la carretera, ahora un paseo, apenas se distingue la entrada a las piscinas. Lo que parece ser tan sólo una rendija entre dos muretes es, en realidad, el inicio de una rampa que permite el acceso a los vestuarios, situados a algo más de dos metros por debajo de la cota de acceso. Se inicia así un recorrido casi procesional que prepara al visitante para dejar atrás el mundo de lo cotidiano y, de manera sucesiva, celebrar la relación con el agua y la naturaleza. Al descender hacia los vestuarios, lo que parecían muretes se transforman rápidamente en altos muros de contención. El muro de la derecha se abre con ligereza y crea una sensación perspectiva que acerca a la vista el nivel de llegada. A partir de aquí, un recorrido en zigzag, modulado por las distintas gradaciones de luz y penumbra, construye un espacio —y ofrece un tiempo— para despojarse no sólo de la ropa y los zapatos, sino también de todo aquello que conlleva la vida cotidiana. Los vestuarios constituyen un dilatado umbral, un dispositivo para hacer de filtro entre dos modos de vida. El visitante reaparece, ya con los pies descalzos, en un nuevo mundo en el que entra en contacto con la naturaleza mediante el ritual del baño. Aquí, Siza ha hecho lo mínimo necesario para permitir y potenciar el uso de ese espacio: unos pocos muros para contener el agua, unas pequeñas superficies de concreto junto a las piscinas, y un conjunto de escaleras y peldaños, también de concreto, para llegar hasta ellas.

3

Las piscinas forman parte de una serie de trabajos que Álvaro Siza ha ido construyendo, a lo largo del tiempo y el espacio, en la línea de costa de Leça de Palmeira. Una historia que empieza —geográfica y temporalmente— con el proyecto del restaurante Boa Nova (1958–1963), situado en el extremo norte, junto a la capilla de la que toma el nombre, y que Siza realizó cuando tenía veinticinco años y trabajaba todavía en el estudio de Fernando Távora. Después de las piscinas, Siza realizaría todavía una serie de proyectos para ese mismo lugar: un primer proyecto, no terminado, de urbanización de todo el tramo de costa (1966–74); el monumento al poeta António Nobre, prácticamente en frente del restaurante (1980); la realización del paseo marítimo (2004–2005), además de las distintas intervenciones de rehabilitación y mantenimiento del restaurante y las piscinas realizadas a lo largo del tiempo. Se podría decir que esa línea, de apenas dos kilómetros de longitud, constituye una especie de biografía construida de su autor. Arquitecturas diversas, que responden a distintos programas y han sido construidas en momentos diversos, pero que destilan una gran continuidad de criterio. Arquitecturas en diálogo continuo entre ellas, con las rocas y con el agua del mar. Paseando junto al mar, el restaurante y las piscinas permanecen como privilegiados testimonios de una tenaz trayectoria profesional que ha sedimentado en esas rocas una determinada manera de entender la relación entre paisaje y arquitectura.—

Carles Muro es arquitecto por la ETSAB. Trabajó con Elías Torres, José A. Martínez Lapeña y Álvaro Siza antes de iniciar su práctica independiente en 1993. Entre sus obras destacan el Mercado de Inca y dos centros de atención primaria en Cataluña. Ha sido docente en la ETSAB, la AA de Londres y Harvard GSD.